

241
29.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

CAMPUS IZTACALA

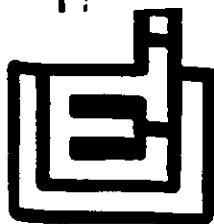
LA IDENTIFICACION MADRE- HIJA DESDE LA
PERSPECTIVA DEL PSICOANALISIS
FEMINISTA.

T E S I N A

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A:

MA. ELENA VERTIZ ORTIZ

ASESORES: MTRA. MA. ANTONIETA DORANTES GOMEZ
LIC. MARGARITA MARTINEZ RIVERA
LIC. ELSA GUADALUPE LOPEZ MORALES



TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

LOS REYES IZTACALA, TLALNEPANTLA, EDO. DE MEXICO, 1998

260542



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

	Pag.
Resumen	
Introducción.....	1
Capítulo I	
Fundamentos del Psicoanálisis Feminista.....	7
Capítulo II	
Identificación.....	17
Capítulo III	
Identificación madre- hija en la sexualidad.....	25
Capítulo IV	
Identificación con la madre en el ejercicio de la maternidad.....	50
Capítulo V	
La identificación madre-hija y la amistad entre mujeres.....	73
Conclusiones.....	95
Bibliografía.....	100

DEDICATORIAS

A DIOS: Por permitirme alcanzar una de mis metas más preciadas.

A MI MADRE: Por tu paciencia y apoyo.

A MI PADRE: Porque a pesar de la distancia, siempre te llevo en mi corazón.

A JOSE: Porque creo que sin tú insistencia no lo hubiera logrado.

A MIS ASESORAS: Porque de una manera desinteresada me ayudaron.

A TOÑITA: Por apoyo, comprensión y asesoría. Mil gracias.

A MI FAMILIA: Que creyó en mí.

A DISTRIBUIDORA ORTIZ.

GRACIAS A TODOS.

RESUMEN

La presente investigación surge ante la necesidad de concientizar a la sociedad y principalmente a las mujeres de las consecuencias de la identificación entre madres e hijas.

Para analizar estos procesos de identificación se recurrió a las ideas y propuestas teóricas de algunas psicoanalistas feministas. Estas teóricas consideran que los estereotipos que caracterizan a las mujeres en nuestra sociedad (sumisa, abnegada, maternal, etc.) tienen su origen en raíces históricas, sociales y psicológicas. La cultura y la sociedad son quienes asignan a la mujer a las labores de procreación y al cuidado de los hijos. Por lo que la mujer es vista principalmente como madre y esposa que vive por y para los otros.

A lo largo del trabajo se muestra como a través de un proceso identificatorio la hija tendrá como modelo a otras mujeres, pero principalmente a su madre y si ésta es una mujer devaluada, la hija también lo será

inconscientemente se identificará, en diferentes aspectos de su vida con una madre que carece de identidad propia.

La identificación con la madre afecta la relación de la mujer con diversas personas entre ellas sus hijos, esposo y amigas. Es por esto que se analizó la identificación en las áreas sexual, en el ejercicio de la maternidad y la amistad entre mujeres; ya que la mujer revive con otras personas el vínculo que vivió con su madre.

INTRODUCCION

El psicoanálisis feminista constituye una de las diversas ramas del psicoanálisis. Esta perspectiva rompe con la imagen de la mujer como un ser incompleto que vive para el cuidado de los seres que la rodean; enfoca de manera distinta, temas de la sexualidad femenina tales como: la frigidez, la histeria, la tensión premenstrual, la maternidad, la capacidad sexual femenina, el lesbianismo y la relación madre- hija. El psicoanálisis feminista contrario a lo que hace el psicoanálisis ortodoxo, pretende dignificar la posición de la mujer.

Uno de los temas que se han trabajado dentro de este enfoque, es el de la identificación madre- hija. Es decir, cuando la hija introyecta características de su madre y las hace suyas.

El presente trabajo tiene como objetivo investigar las aportaciones del psicoanálisis feminista al tema de la identificación madre-hija para conocer en qué medida se reproducen en la hija los estereotipos de sumisión y dependencia a los que la madre estuvo sujeta. Es necesario conscientizar a la

sociedad sobre el hecho de que la identificación madre-hija impide en cierta forma, que la hija tenga una identidad propia, al hacer suyas las características de su madre. Mientras no se conscientice esto el ciclo se repetirá y la mujer no podrá ser “libre” e independiente.

La identificación madre - hija es un tema que ha sido poco tratado. No se le ha dado la debida importancia, siendo que constituye la base de la reproducción de papeles de sumisión por parte de las mujeres.

Las psicoanalistas feministas al analizar el sistema opresor de la mujer sostienen que la devaluación femenina es propiciada principalmente por la desventaja social y cultural en que la mujer se ve envuelta, ya que en ella se ven roles sexuales y estereotipos de comportamiento en donde a la mujer se le oprime y se le asigna un papel inferior. Donde la mujer se valora como es apreciada por los demás y en dónde ella está prescrita para ser de y para los otros.

Decidimos investigar la identificación madre - hija a partir de las aportaciones del psicoanálisis feminista en las áreas sexual, del ejercicio de la

maternidad y de la amistad, porque al parecer es ahí donde se ven reflejados los estereotipos con la madre y porque además es en esas áreas en donde existen más mitos. Existe el mito de que la mujer debe de ser sumisa, púdica y sometida, débil, necesitada de amor y con el deseo de tener hijos; toda esta ideología patriarcal es la que la madre transmite a su hija y ésta la introyecta identificándose así con su madre.

En el primer capítulo se habla acerca de los fundamentos del psicoanálisis feminista. Sobre el hecho de que inicialmente se hicieron investigaciones bajo una perspectiva masculina y más tarde un grupo de mujeres retomaron y criticaron esa propuesta, formulando una teoría feminista hecha por el saber y sentir femenino.

En el segundo capítulo se aborda el concepto de identificación y como surge. Se analiza la relación madre- hija, donde la madre (mujer devaluada) refleja esa devaluación a su hija, negándole una identidad propia, dejándole como único camino la identificación con el sexo devaluado.

La hija es vivida como una propiedad de la madre y por lo tanto una prolongación de ésta, como consecuencia, la madre transmite a la hija la

opresión, discriminación y explotación que ella misma sufre. La hija recibe con ayuda de la madre la preparación necesaria para seguir perpetuando el sistema de relaciones patriarcales. De esta forma la hija se verá igual a la madre; al mantener la ilusión de que es igual a la madre, la hija evita ansiedades de culpa que desatan el admitir la mayor cantidad de posibilidades de autonomía que se tiene en relación con ella. Esta diferenciación, que implica la autonomía de la hija, cuando abandona el ligamen primario identificatorio, es vivida como un abandono y puede causar sentimientos de culpa en la hija.

En los primeros momentos de la vida existe en la hija un deseo identificatorio de ser semejante a su madre, la vive como bella, con cualidades que admira. La hija se identifica con una madre que ve deseada. Las hijas no sólo se identifican con las líneas del cuerpo de la madre, al ver que sus cuerpos son semejantes, se identifica también con la significación de su cuerpo. Tres áreas en las que la identificación madre-hija va a ser fundamental son la sexual, la del ejercicio de la maternidad y las relaciones de amistad entre mujeres.

En el tercer capítulo se analiza el hecho de que, es la madre quien transmite a su hija lo que significa su cuerpo para ella, la mirada de la madre

moldeará las zonas erógenas de su hija, de ella dependerá el que su hija mire o no con naturalidad sus genitales y que nombre les dé. Además la hija capta y aprende inconscientemente los deseos sexuales inhibidos de la madre, deseos de liberación sexual. Estos deseos los hace inconscientemente suyos, desea inconscientemente todo lo que desea ser su madre, y a la vez incorpora la censura y la prohibición de la sexualidad como característica natural de su sexo.

Las psicoanalistas feministas denuncian que a la mujer se le niega una sexualidad, al arrebatarle el clítoris como órgano propiamente femenino y se le asigna el matrimonio y la maternidad como únicas vías de autorealización y valoración femenina. Se analiza también que la mujer se encuentra prisionera en una sexualidad no placentera y destinada al deseo del otro.

En el cuarto capítulo se aborda el tema de la identificación madre-hija en la maternidad. Generalmente a las niñas se les enseña a ser madres, se les entrena para el cuidado infantil y se les dice que tienen que ser madres, unas madres que lo den todo por los hijos, madres abnegadas, tiernas y sacrificadas.

Finalmente, en el quinto y último capítulo se analiza que la identificación con la madre tiene también consecuencias en la manera en que las mujeres establecen relaciones de amistad con otras mujeres. Muchas veces las mujeres se comportan con sus amigas como si una fuera la madre y la otra la hija, esto se debe a que con sus amigas la mujer intenta recrear el vínculo de fusión original con la madre.

Podemos afirmar que la condición de la mujer es fundamental para comprender la actitud que ésta asume en diversos aspectos y dimensiones de su vida.

CAPITULO I

FUNDAMENTOS DEL PSICOANALISIS FEMINISTA

El feminismo ha sido descrito en diversas formas y la expresión se utiliza actualmente con cierta vaguedad, para indicar a cualquier persona que sostiene con firmeza los derechos de la mujer a su emancipación, liberación o igualdad. (1) Es un sistema basado en la igualdad política, económica y social entre sexos. (2). El feminismo es la toma de conciencia de la mujer por la opresión que padece. (3).

El feminismo en sí, es una rigurosa crítica a la cultura patriarcal. Para el feminismo la valoración de las mujeres no ocurre a partir de ellas mismas, sino que son disminuidas por una sociedad que las inferioriza y son valoradas de acuerdo con el estereotipo social e ideológico del hombre quien mira a la mujer como un ser incompleto.

A partir de esta rebelión feminista, se constituyó el mito de cambiar el mundo para erradicar la opresión de la mujer. Las primeras feministas pasaron la creencia de que los conceptos ser mujer y sociedad no estaban dialécticamente relacionados. Pero a pesar de su limitado planteamiento, esa concepción feminista permitió a un grupo de mujeres abrir un espacio a la investigación, a la crítica y a la revaloración de su quehacer, de su mundo y de su propio ser, comenzando a definir su propia humanidad.

El feminismo comenzó a criticar el sistema patriarcal opresivo, así como las relaciones con el hombre, las costumbres y las tradiciones. Y en base a esta crítica se construyeron nuevas concepciones sobre historia, sociedad, cultura, sexualidad y psicología femenina. Las feministas critican el sistema patriarcal, ya que esta ideología gira alrededor de la suposición básica de la inferioridad de la mujer y la superioridad del hombre. Esta suposición plantea las diferencias entre los sexos como una diferencia jerárquica.

El estereotipo femenino más aceptado por el sistema patriarcal es el de madre- esposa. La maternidad y la conyugalidad son las esferas vitales que organizan la vida femenina. Este estereotipo expresa abiertamente la misión de

la mujer del ser para y de los otros al realizar actividades de reproducción y de servidumbre voluntaria. Por ello a la mujer se le especializa en la maternidad o reproducción de la sociedad y de la cultura. Al articularse la maternidad y la conyugalidad en ejes socioculturales y políticas que definen la condición de la mujer, donde ésta cumple sus funciones reales y simbólicas. La mujer en este estereotipo tiene de referente simbólico a la virgen-madre quien debe valorar más la existencia del "otro" que la suya propia; por lo tanto, no existe como ser autónomo sino que su existencia se reduce al servicio del otro. Esto nos demuestra que la mujer se valora o reduce su valoración en relación con la existencia del otro, ya que se le destina al cuidado de la vida de los otros. Por otra parte su cuerpo se asexualiza, se le utiliza para la procreación, alimentación, protección y afecto, pero no para el placer.

Para Freud, la niña sufre la comparación de su cuerpo con el del niño y por la restricción en cuanto a la gratificación instintual, y es a partir de esta comparación que la niña experimenta un complejo de castración como un hecho consumado.

Esta perspectiva psicoanalítica ortodoxa señala que la reacción de la mujer ante su falta de pene, es desarrollar un sentimiento de inferioridad y una predisposición a los celos: su personalidad girará en torno a su permanente envidia fálica que tenderá a buscar un pene primero, el de su padre, después cambiará este deseo por el de tener un niño, que traiga con él, el pene deseado. Este complejo trae consigo un sentimiento conducido hacia el rechazo de la mujer, hacia su persona, hacia su madre y hacia la condición de la mujer en general.

Una psicóloga seguidora de Freud y que fue tomada como base por las feministas fue Melanie Klein. Ella no estaba de acuerdo con Freud en cuanto que para él, el complejo de castración conduce a la niña a odiar a su madre porque no la ha dotado de pene y la niña siente envidia del pene por cuenta propia (con fines esencialmente narcisistas). Klein piensa que la niña detesta a la madre por las mismas razones que Freud y desea el pene libidinalmente, el Edipo de la niña no se instala indirectamente a favor de sus tendencias masculinas, sino directamente bajo la acción dominante de sus elementos instintivos femeninos.

La mayoría de las feministas se han ubicado con respecto a la teoría psicoanalítica en tres tipos de posiciones: la primer posición ha retomado la teoría freudiana para explicar la conformación de la identidad femenina. La segunda ha rechazado las ideas de Freud y la tercera está representada por aquellas teóricas que no buscan comprometerse con la posición psicoanalítica ortodoxa y que han buscado dar respuesta a la problemática femenina.(4)

Juliet Mitchell reconoce que la mayor parte de los movimientos feministas ven a Freud como un enemigo. Afirman que el psicoanálisis sostiene que las mujeres son inferiores y que sólo pueden alcanzar la auténtica feminidad como esposas y madres. Ella considera que al rechazar a Freud se pierden las posibilidades para comprender la psicología de las mujeres, y que al malinterpretar al psicoanálisis, se ha desechado una ciencia decisiva para la comprensión de los aspectos ideológicos y psicológicos de la opresión. Ella sostiene: "Ni la contribución de Freud sobre la feminidad ni la ciencia del psicoanálisis son intachables, ni completas, pero para poder avanzar es indispensable retomar esas fuentes". (5)

Una filósofa que rechazó las ideas de Freud fue de Simone de Beauvoir, su obra *El segundo sexo*, ejerció una gran influencia sobre la primera generación de las nuevas feministas.

La mujer es el modelo de la conciencia oprimida: el segundo sexo. Sus características biológicas han sido explotadas y es negada su propia humanidad. *"Todo lo que es específico en la humanidad se concentra en el hombre, todo lo que es común de los seres humanos y animales se concentra en la mujer."* (6)

Simone de Beauvoir afirma: *la mujer es la más universal y absoluta especificación de la alteridad. Es el misterio y esencia (alma), nadie nace mujer; la mujer es creada por las necesidades del hombre. Es oscura, misteriosa, completa, exterior a las tensiones y luchas de la existencia. Para la mujer el hombre debe de serlo todo; este contiene todo el significado, la justificación y la definición de la existencia de ella, en tanto que para él la mujer es placer, algo extra no esencial"* (6)

Simone de Beauvoir rechaza la tesis freudiana que plantea que hay una superioridad original en el hombre, según esta autora dicha superioridad es socialmente inducida.

Otra connotada feminista que rebate las ideas freudianas es Betty Friedan, ella se empeñó en demostrar que las teorías de Freud son obsoletas.

La mística de la feminidad sacó su fuerza del pensamiento freudiano, ya que fue una idea nacida de Freud la que llevó a las mujeres y a aquellas que se dedicaban a estudiarlas a hacer una interpretación errónea de las frustraciones de sus madre y de sus adecuaciones y resentimientos de sus padres, hermanos, esposos y de sus propias emociones y de sus posibles determinaciones vitales. (8)

Betty Friedan afirma: *“Creo sinceramente que la teoría freudiana sobre las mujeres está anticuada, que es un gran obstáculo para que las mujeres norteamericanas de hoy encuentren la verdad y que es una de las causas principales de ese agudo problema que no tiene nombre”* (9)

Friedan no está de acuerdo con Freud en que todas las neurosis tengan un origen sexual, considera que los freudianos al buscar en sus pacientes recuerdos sexuales inconscientes convierten lo que les oyen decir en símbolos sexuales y encuentran lo que desean hallar.

Las mujeres feministas se dirigen al psicoanálisis en demanda de una teoría de la construcción de las diferencias de sexos, otorgándole la capacidad de emitir una respuesta; desean una explicación teórica sobre la manera en que las mujeres han adquirido una identidad en función de los demás.

El feminismo y el psicoanálisis se vincularon y tienen un origen común ya que consideran al cuerpo y a la sexualidad como ejes fundamentales de sus discusiones. Freud comienza a desprenderse de su tradición médica y a internarse en el terreno simbólico, propios del psicoanálisis, escuchando los cuerpos de mujeres histéricas. Por su parte, las feministas generan sus discursos a partir del cuerpo y de la sexualidad femenina, en un intento de reapropiarse de este espacio vital. Este origen común es una de las condiciones de posibilidad para el desarrollo del pensamiento psicoanalítico feminista.

Ana María Fernández menciona al respecto que: *El psicoanálisis y el feminismo se unen en muchas producciones teóricas y clínicas, es una especie de maridaje tan conflictivo como fecundo. La solicitud para que esta unión se consuma parte en general, de autoras feministas, quienes aunque critican el carácter ahistórico y pretendidamente apolítico de las construcciones del psicoanálisis, reconocen el aporte invaluable de esta disciplina para la comprensión de la subjetividad.* (10)

NOTAS BIBLIOGRAFICAS:

- 1.-J.Mitchell. La condición de la mujer. p.78
- 2.- K. Millet. Política sexual. P.107
- 3.-J. Mitchell. Op. cit. p.
- 4.-M.A. Dorantes. Los discursos psicoanalíticos sobre la sexualidad femenina y la teoría psicoanalítica. p. 11
- 5.-J: Mitchell. Psicoanálisis y Feminismo. P.310
- 6.- J. Mitchell. Op. Cit. p.
- 7.- S. de Beauvoir. El segundo sexo.p.
- 8.-B. Friedan. La mística de la feminidad. p.
- 9.-ibidem . p. 75
- 10.-A.M. Fernández. Las mujeres en la imaginación colectiva. p.147

CAPITULO II

IDENTIFICACION

El término identificación ha sido definido por diversos autores Laplanche y Pontalis definen la identificación, como el proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se trastorna total o parcialmente sobre el modelo de éste. De ahí que la personalidad se constituya mediante una serie de identificaciones. (1)

Jerome Kagan, considera que a los cuatro años, los niños tienen una apreciación inconsciente de algunas cualidades psicológicas suyas y comienza la identificación con la creencia de que les pertenecen algunas cualidades distintas de otra persona, que puede ser un padre, hermano, pariente, amigo o incluso puede ser un personaje ficticio. Si al niño se le dice que se parece a su padre, con el tiempo el niño llega a creer que se parece al padre en cosas distintivas. Da un paso más y cree que debe tener otras cualidades psicológicas propias del padre, aunque no tenga pruebas reales. Esta inferencia tan decisiva para las consecuencias de la identificación es ejemplo de la tendencia humana

universal a suponer que si dos objetos comparten unas cualidades, quizá compartan otras que no se han observado directamente. (2)

Cuando la creencia en el parecido psicológico con otro se asocia a la experiencia de una emoción vicaria que parece adecuada al modelo, se dice que el niño ha establecido una identificación. Si la niña se identifica con una madre a la que considera inteligente, experimentará el orgullo que podría tener si tuviese prueba real de su propia capacidad, basada en su propio éxito. (3)

La identificación es conocida en psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo. (4)

El niño manifiesta un especial interés por su padre, quisiera ser como él y reemplazarlo en todo, hace de su padre su ideal. Simultáneamente a esta identificación con el padre o algo más tarde, comienza el niño a tomar a su madre como el objeto de sus instintos libidinosos. El niño presenta dos enlaces psicológicos diferentes. Uno sexual, a la madre y una identificación con el padre, al que considera como modelo para imitar. Estos dos enlaces coexisten

durante algún tiempo sin influir ni estorbarse entre sí. Pero a medida que la vida psíquica tiende a la unificación, vana aproximarse hasta acabar por encontrarse y de esta confluencia nace el complejo de Edipo normal. El niño advierte que el padre le cierra el camino hacia la madre, y su identificación con él adquiere por este hecho un matiz hostil, terminando por fundirse en el deseo de sustituirle también cerca de la madre. (4)

La identificación es además desde un principio ambivalente y puede concretarse tanto en una exteriorización cariñosa como en el deseo de supresión. La identificación se comporta como una ramificación de la fase oral de la organización de la libido, durante la cual el sujeto se incorporaba al objeto ansiado y estimado, comiéndoselo y al hacerlo así lo destruye.

Más tarde, no se sabe que sucede con la identificación con el padre. Puede suceder que el complejo de Edipo experimente una inversión, es decir que el sujeto adopte una actitud femenina y convierta al padre en el objeto del cual esperan su satisfacción los instintos sexuales directos, y en este caso la identificación con el padre constituye la fase preliminar de su conversión en objeto sexual. Este mismo proceso preside la actitud de la hija con respecto a la

madre. Podemos decir que la identificación aspira a conformar el propio yo análogamente al otro tomado como modelo.

En un síntoma neurótico la identificación se enlaza a un conjunto más complejo. Por ejemplo si la hija contrae la misma enfermedad que la madre, esta identificación puede resultar de dos procesos distintos. Primero puede ser por causa del complejo de Edipo, es decir la hija tiene el deseo hostil de sustituir a la madre y entonces el síntoma expresa la inclinación erótica hacia el padre y realiza la sustitución deseada, pero con sentimientos de culpabilidad. Es así como se forman los síntomas histéricos.

Pero puede suceder que el síntoma sea el mismo que el de la persona amada. entonces la identificación ocupa el lugar de la elección de objeto, transformándose ésta, por regresión en una identificación, ya que la identificación representa la forma más temprana y primitiva del enlace afectivo entre dos personas. En las condiciones que presiden la formación de síntomas y, por tanto, la represión bajo el régimen de los mecanismos de lo inconsciente, sucede con frecuencia que de la elección de objeto deviene una nueva identificación, absorbiendo el yo las cualidades del objeto. Lo singular es que

en estas identificaciones copia el yo unas veces a la persona no amada, y otras en cambio, a la amada. En ambos casos la identificación es parcial y altamente limitada, sólo toma un rasgo de la persona objeto.

Freud demostró la relación intrínseca entre identificación e introyección. Su posterior descubrimiento del superyó, al que atribuyó a la introyección del padre y a la identificación con el mismo, llevo al reconocimiento de que la identificación como secuela de la introyección y la identificación han desempeñado un papel central en el pensamiento y la investigación psicoanalítica.

El desarrollo del superyó puede ser investigado hasta la introyección de las etapas más tempranas de la infancia. Los objetos primarios internalizados forman la base de complejos procesos de identificación. La ansiedad persecutoria que surge de la experiencia del nacimiento, es la primera forma de ansiedad depresiva, la introyección y la proyección operan desde el comienzo de la vida postnatal e interactúan constantemente. (5)

Melanie Klein afirma que en el comienzo de la vida el primer objeto del niño, el pecho materno (y la madre), es investido de libido y esto influye vitalmente en la forma en que la madre es internalizada. Esto a su vez es de gran importancia para la relación con ella como objeto externo e interno. El proceso por el que la madre es investida de libido está vinculado al mecanismo de proyectar buenos sentimientos y buenas partes del yo en ella.

Klein hace referencia a la identificación proyectiva, que se vincula con procesos evolutivos que aparecen durante los primeros tres o cuatro meses de vida (la posición esquizo-paranoide) cuando la ansiedad es máxima y la ansiedad persecutoria predomina. El yo se encuentra todavía no integrado y es susceptible por ende de disociarse así como disociar sus emociones y sus objetos internos y externos, pero la disociación es también una de las defensas fundamentales contra la ansiedad persecutoria. La identificación por proyección implica una combinación de la disociación de partes del yo y de la proyección de las mismas en otra persona.

La identificación de la niña con la madre resulta directamente de los impulsos edípicos, toda la lucha provocada en el niño por su angustia de

castración no existe en ella. En las niñas como en los niños, esta identificación coincide con las tendencias anal-sádicas de robar y destruir a la madre. Si la identificación con la madre tiene lugar predominantemente en un estadio en que las tendencias oral-sádicas y anal-sádicas son todavía muy fuertes, el miedo a un superyó materno primitivo conducirá a la represión y fijación a esta fase e interferirá con el futuro desarrollo genital. El temor hacia la madre también impulsará a la niña a renunciar a la identificación con ella, y comienza entonces la identificación con el padre.

El impulso epistemológico de la niña es despertado primero por el complejo edípico, el resultado es que ella descubre su falta de pene. Siente esta carencia como una nueva causa de odio hacia la madre pero al mismo tiempo su sentimiento de culpa le hace verla como castigo. Esto agudiza su frustración y a su vez ejerce una profunda influencia en todo su complejo de castración. Freud estableció que el descubrimiento de la falta de pene motiva en la niña el alejamiento de la madre y el acercamiento al padre. Klein menciona que la envidia del pene sigue al deseo de tener un niño, que reemplaza nuevamente la envidia del pene en el desarrollo posterior. Ve la privación del pecho como la más fundamental causa del acercamiento al padre. (6)

La identificación con el padre está menos cargada de ansiedad que la identificación con la madre, además el, sentimiento de culpa hacia ella impulsa a sobrecompensarla con una nueva relación amorosa con ella. En contra de esta nueva relación amorosa actúa el complejo de castración que dificulta una actitud masculina y también el odio hacia ella que proviene de situaciones más tempranas. El odio y la rivalidad en la madre, sin embargo, la llevan a abandonar la identificación con el padre y a acercarse a él como objeto para amar y ser amada.

Las psicoanalistas feministas cuestionan estas propuestas, ellas afirman que la mujer se identifica con su género (interioriza la imagen devaluada que le proyecta su madre y todo el género femenino) y mediante la interiorización de identificaciones, valores y estereotipos, se crea su ideal del Yo.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- 1.- Laplanche y Pontalis. Diccionario de Psicoanálisis. p. 161
- 2.- J. Kagan. El niño hoy. Desarrollo humano y familia. España, Espasa Calpe, p.135-137
- 3.- S. Freud. Obras completas. v VIII, p.99
- 4.- S. Freud. Psicología de las masas. p.
- 5.- M. Klein. Obras completas. v. III, p.

CAPITULO III

IDENTIFICACION MADRE-HIJA EN LA SEXUALIDAD

Por identificación sexual entendemos el hecho de que la hija asuma ideas y comportamientos que presenta su madre con respecto a la sexualidad.

La sexualidad en la mujer, desde siempre ha sido reprimida, la mujer tiene como modelo (más cercano) a su madre por lo que es lógico que se identifique con ella en diversos aspectos entre ellos el sexual.

Freud considera que la niña y el niño tienen por primer objeto sexual a la madre. La madre le suministra al niño, en los actos de nutrición y los cuidados de limpieza las primeras sensaciones sexuales que experimenta, además de las fuentes de excitación de sus propias zonas erógenas.

Según Freud, la vida sexual del hombre se divide en tres periodos. El primero es el de la sexualidad infantil, que a su vez se divide en la fase oral, anal y fálica, culmina con el complejo de Edipo. El segundo que comprende de

los siete a los doce años, es el periodo de latencia. Empieza con la resolución del complejo de Edipo y el establecimiento de un superyó. El tercer periodo es el de la pubertad, que se da aproximadamente entre los doce y los catorce años y que conduce a la genitalidad madura, la elección del objeto heterosexual. (1)

Según Freud, la evolución edípica de la niña y del niño es idéntica hasta la fase fálica. Encrucijada de manera diferente; desembocando en el término del complejo de Edipo en el niño y en la instalación en la situación edípica en la niña.

Freud denomina etapa fálica al periodo de crecimiento durante el cual el niño se preocupa por sus genitales. (2)

La fase fálica se produce entre los tres y los siete años aproximadamente. El primer paso en la fase fálica consiste en el descubrimiento por parte de la niña del pene de un hermano o compañero de juegos. La niña lo reconoce como superior a su órgano pequeño. Cuando la niña descubre que no tiene los genitales externos del varón, se siente castrada, culpa a su madre por tal condición y por lo tanto se debilita la catexia hacia la

madre. Además la madre desilusiona a la niña en otros aspectos. La niña siente que la madre no le da suficiente amor, o que ella tiene que compartir el amor de su madre con sus hermanos y hermanas. A medida que se debilita la catexia hacia la madre, la niña comienza a preferir al padre, que posee el órgano que a ella le falta. El amor de la niña por su padre se mezcla con envidia porque él posee algo de lo que ella carece. Esto se conoce como envidia del pene. Los complejos de castración y de Edipo son dos de los desarrollos más importantes de la etapa fálica.

El complejo de castración en el niño es el responsable del abandono del complejo de Edipo, en tanto que en la niña la envidia del pene es la responsable de la introducción del complejo de Edipo, Ella ama a su padre y está celosa de la madre. Aunque el complejo de Edipo femenino no es probable que desaparezca como en el varón, se debilita en virtud de la maduración y por la imposibilidad de poseer al padre. Las identificaciones reemplazan a las catexias objetales. (3)

La niña al volverse al padre y desear un pene, temerá ser castrada por la madre, temerá perder alguna cosa que conserve una significación fálica, aunque ya ha “perdido” el pene.

En el momento del cambio de objeto, la niña que considera la imagen de la madre fálica en el inconsciente, no ha tomado conciencia, al menos plenamente de que el padre es el único poseedor real del pene. El cambio de objeto y por lo tanto la situación edípica no se establece más que cuando la imagen de la madre fálica ha llegado a ser la de la madre que ha desposeído al padre de su pene. Por eso la niña con el objeto de tener un pene, se dirigirá al padre como lo ha hecho la madre, con toda la culpabilidad, atacando así a sus dos padres a la vez, por lo tanto también al objeto amado. (4)

Para Freud , la niña se separa de su madre para tener un pene, y para tener este pene se dirige a su padre y entra así en el Edipo positivo.

Chasseguet-Smigel considera que la envidia del pene no es, en el fondo, más que la expresión simbólica de otro deseo. La mujer no quiere ser hombre, sino separarse de ser madre, siendo completa, autónoma, mujer.(5)

Karen Horney, al cuestionar la envidia del pene, menciona que tal envidia es una experiencia natural en las mujeres, semejante a la envidia que experimentan los hombres hacia el embarazo, el parto y la maternidad, sin embargo el hecho de experimentar deseos no condena a la niña a una inferioridad perpetua. Horney señala que las mujeres están expuestas desde su nacimiento a la idea de su inferioridad.(6)

Horney enfatiza en su propuesta que la niña se identifica con su madre, ante una situación que la coloca en desventaja por no tener pene. (7)

Horney esta en desacuerdo con la ideología patriarcal que intenta naturalizar, es decir, justificar biológicamente la supuesta inferioridad femenina como una justificación del poder ejercido por los hombres.

Aunque Karen Horney no es feminista, su propuesta será básica, para el movimiento feminista. Otra psicoanalista cuyas teorías fueron básicas para las feministas es Melanie Klein. Esta psicoanalista sentó las bases para el rechazo de la propuesta Freudiana basada en el estudio de la evolución psicosexual femenina a partir del modelo masculino.(8)

Klein consideraba que el primer objeto de amor y odio en el lactante, es la madre. Hace énfasis en el pecho bueno y gratificante - y el pecho malo - - frustrador - . Cuando el niño se siente frustrado por el seno que lo ataca en sus fantasías, se habla de un pecho malo. Cuando el seno lo gratifica el niño lo ama y fantasea con él, aquí puede hablarse de un pecho bueno. Por otro lado en la niña su atracción hacia el seno se transforma en interés inconsciente por el genital paterno, el cual será objeto de sus fantasías libidinosas. A medida que prosigue su desarrollo, la niña desea más al padre que a la madre y desea ocupar el lugar de ésta. La hija desea tener hijos con el padre, es decir que desea recuperar a su madre y ello le permite identificarse con ella.(9)

Karen Horney y Melanie Klein fueron un antecedente básico para las psicoanalistas feministas entre ellas Christiane Oliver. Ella considera que tanto el niño como la niña pasan por diferentes etapas (oral, anal, y fálica). y en ambos el desarrollo de dichas etapas es distinto.

Durante la etapa oral el niño hace suyo todo lo que viene de su madre, no distingue todavía su "persona de la del otro". El niño se vuelve dependiente del ambiente creado por su madre y como esta madre sea más o

menos amorosa, más o menos deseadora, establecerá al niño como más o menos amado, más o menos deseado.

En la etapa oral el desarrollo del niño será diferente al de la niña, ya que generalmente la madre presenta un comportamiento diferente ante el niño que ante la niña. A las niñas se les desteta antes que a los niños, así las niñas crecen con un hambre "oral", y ese exceso de "vacío" y deseo de "lleno" la hará proyectar a los otros esa hambre y se sentirá obligada a alimentarlos hasta la saciedad, porque ella misma es insaciable.

Las niñas sienten que la madre no las desea, ni amó y por eso no las alimento bien.(10)

Durante la etapa anal también hay diferencias entre niños y niñas. A lo largo de este periodo, el niño siente placer autoerótico al expulsar o conservar las heces. En esta etapa vemos que las madres son más tolerantes con los varones aunque ensucien sus pañales, pero se espera que las niñas sean más limpias. De hecho la niña desarrolla hábitos de limpieza antes que el varón. La niña alcanza primero el lenguaje y la simbolización lo que le ayudara a

comprender que puede entregar las heces conservando el resto de su persona, idea que el varón ha debido realizar mal por estar sumido durante esta edad en la relación simbiótica con la madre. El niño supone que con sus heces la madre quiere arrebatárle también su sexo. (11)

En la etapa anal aparece el pánico en el varón; se opone, se niega, cree que con sus heces se quiere todo su cuerpo. De mayor cuando se revive está misma fantasía, será impotente, eyaculador, prematuro o tardío, es decir no querrá - no podrá - darle a "ella" lo que le pide, esto como consecuencia de la batalla del hijo con su madre. Aquí comienza la lucha contra la mujer; aquí nace la misoginia.(12)

El hombre al ser mayor podrá llegar a darlo todo pero reservándose, protegiéndose del otro y de su reclamo. Probablemente sólo busque en la cama entregar su esperma y nada más.

Christiane Olivier afirma que la mujer-niña inaugura su vida con la división cuerpo espíritu porque es amada y apreciada por su madre como niña, pero no deseada como cuerpo de hija, como objeto de placer.(13). Porque si la

madre se siente devaluada en su genero, no podrá valorar a la hija porque es una prolongación de ella misma. (14) La hija, al no ser objeto edipiano de su madre, se siente insatisfecha, lo cual se manifestará a futuro con la insatisfacción permanente en relación con lo que tiene y siempre va a aspirar a otro cuerpo que no sea el suyo.(15)

Nancy Friday considera que el sexo y la sexualidad, hoy en día son más confusos que en generaciones anteriores. Se alienta a la mujer para tener y mantener una vida sexual, y parece ser que es una gran idea, se exhorta a disfrutar con el sexo; con el contacto físico, los masajes, el placer, a sentirse a gusto con el propio cuerpo y a tener ideas liberales sobre la sexualidad de los niños, y sin embargo esto no sucede así.

A las madres les fue inculcado el hecho de tener relaciones sólo con su esposo y no demostrar demasiado interés en la relación sexual, estas mismas ideas son las que las madres a su vez inculcan a sus hijas y ellas las introyectan, haciéndolas suyas.

Para una niña el sexo es un peligro. Este a de ser negado, suprimido. Siente la madre que la hija no debe de ser educada como una descarada, al corriente de todo lo sexual, sino como una dama. La hija no debe ser consciente de ningún estímulo erótico, nada de sucios chistes, de ropas atrevidas, hay que evitar hasta la menor indicación de que el cuerpo de la madre responde sexualmente. A fin de impedir que la atención de la chica se vuelva hacia un tópico sexual, causante de ansiedad, la madre da un último paso hacia adelante si se anula desde el punto de vista sexual, de desexualiza.

(16). La mujer valora más la existencia del “otro” que la suya propia; su existencia se reduce al servicio del otro. Su cuerpo se asexualiza. Se le utiliza para la procreación, alimentación, protección y afecto, pero no para el placer.

(17).

Desde niña, el sexo de la mujer (clítoris) no es objeto de deseo para la madre, ya que no lo reconoce como femenino y prefiere poner la carga de placer en su vagina. La madre por lo tanto es la primera en barrer el placer clitoriano de su hija y en inaugurar el silencio en torno a este placer.(18)

El tú eres una niña “ clitoridiana “ se ve reemplazado por el tú serás una mujer vaginal.(19) A la niña le es negada una sexualidad futura como

mujer. Debe callar que es una niña clitoriana y creer que es una mujer vaginal. Sólo podrá expresar parcialmente su sexualidad. a través de a vagina y no del clitoris.

Desde el punto de vista patriarcal se considera mujer vaginal a aquella que manifiesta una sexualidad correcta, mientras que la clitorica representa a la inmadura y masculinizada, y para el psicoanálisis freudiano, además la frígida.
(20)

La niña desesperada por no tener sexo (clitoris no reconocido) ni objeto sexual (padre ausente), procederá a desplazar esa sexualidad. La niña sexualizará todo su cuerpo, que ella quiera que fuese femenino, sus actos que ella quisiera que fueran conformes con los de su sexo, su lenguaje se hace más seductor.(21)

La hija frente a su madre se ve desemejante e inferior, experimentando envidia y celos que nacen en relación con la comparación aplastante del cuerpo materno.

La niña odia a la madre por múltiples razones; por haberle quitado el pecho y por haberla privado de su cariño, pero sobretodo no le perdona el haberle hecho igual a ella. Para salir de este conflicto puede escoger cualquiera de estos tres caminos: la inhibición sexual o neurosis, formarse un complejo de masculinidad o el más aceptado que es pasar del placer clitorideo al vaginal y cambiar de objeto amoroso, de la madre al padre.(22)

Olivier afirma que la renuncia al clitoris no es más que el inicio del sometimiento a la sexualidad femenina reducida al deseo masculino, ya que a la mujer se le impone el placer a la penetración interna sin importar las sensaciones clitoridianas externas que son consideradas secundarias o neuróticas, negándole un posible deseo personal.(23)

Debido a esto, la mujer desplazará su sexualidad a todos lados principalmente a aquellos donde pueda ser vista por los demás. Por lo tanto sabrá hacerse reconocer a través del cuerpo que se convierta en signo sexual, pero también de vergüenza.(24) Muchas mujeres dan mayor importancia a su aspecto físico, para atraer la atención de los demás o para conseguir algo

sintiendo en el fondo vergüenza de que la gente, especialmente los hombres se fijen más en su físico que en otras cualidades.

Se convierte en histérica ya que invoca, de continuo la mirada del otro para responder a su identidad sexual, juega a ser mujer, imita a las demás. Es común ver como la mujer busca una mirada de aceptación, para así sentirse segura. La mujer observa a las demás y se percata de quienes son aceptadas o admiradas y las imita para tener la misma aceptación que ellas.

Según Freud la mujer tendrá acceso solamente al placer histérico, ya que a partir de la renuncia al clítoris las mujeres se verán reducidas a gozar con una parte solamente del sexo, la permitida por el hombre.(25)

Olivier considera que la mujer se identifica con otras mujeres y durante el complejo de Edipo, ella tiende al rechazo de su sexualidad y de su cuerpo. Desea ser amada por lo que es y no por su cuerpo sexuado. Las mujeres desean ser satisfechas más en su interior que en su exterior. Esperan que el hombre las llene interiormente sin importar su propia satisfacción sexual,

la mujer sólo se preocupa por la satisfacción y felicidad del “otro”, se da a los demás sin pensar en ella misma.(26)

Con respecto a la sexualidad femenina, Judith Bardwick considera que el motivo de la participación de la mujer en el coito no es la satisfacción de su propia sexualidad, sino la satisfacción de su compañero, a causa de su necesidad de ser amada. Esta posición de la mujer no cambia en la etapa prematrimonial, ellas acceden al coito por amor, pero sienten el temor de haberse rebajado y que el hecho se convierta en un caso más de “ámalas y déjalas” (27)

Se le exige a la mujer la castidad (virginidad) y la consagración de su cuerpo a la gestación. La mujer madre-esposa no goza, es buena, no se le permite gozar de su cuerpo ni del cuerpo del otro, sólo participa en el coito de éste. La virginidad es valorada por el sistema patriarcal, ya que garantiza la fidelidad, la integridad , la pureza y la valoración de la mujer.

A la joven le es exigido un cuerpo virgen y una conciencia obstaculizada por toda clase de tabúes. prohibiciones, prejuicios y exigencias,

ya que la mujer no reconoce como suyos los deseos de su sexo porque no se reconoce en él. Tales deseos se expresan de manera vergonzosa.

Cuando la joven esta en edad de tener novio y tiene deseos sexuales se ve en un dilema, no sabe que hacer, su madre y la sociedad le han dicho que espere hasta casarse, sus amigas en cambio le dicen que es normal que tenga relaciones sexuales. La hija quiere pensar que los tiempos de su madre eran otros pero que ahora no se ve mal que ejerza su sexualidad pero también puede pensar que en cuanto ella acepte tener relaciones su pareja se lo reprochará y/o la va a abandonar. Se afirma la castidad como negación erótica de su cuerpo consagrado a la gestación. Por ello las mujeres deben de ser vírgenes, no deben gozar de su cuerpo ni del otro, deben participar sólo del coito del otro. (28)

La mujer aborda su primera relación sexual con cierta inseguridad respecto a su cuerpo. cuando una mujer se va a la cama por primera vez con un hombre, está buscando una buena experiencia sexual y espera que con ella recibirá amor, atención y la sensación de haber sido deseada y aceptada. Pero en su interior no confía en que estas necesidades sean satisfechas. (29)

Eichenbaum considera que la mujer al encontrarse tan ocupada satisfaciendo sexualmente a su compañero no es capaz de descubrirse a sí misma y dar a descubrir al otro lo que verdaderamente le produce placer.

Cuando la mujer encara su primera relación heterosexual carga con un pesado equipaje, distanciada de su propio cuerpo., ignora su potencial sexual, le preocupa la experiencia de su compañero y está poco habituada a recibir.
(30)

La mujer se preocupa de las necesidades de los hombres porque ha aprendido a prestarles atención. La incomodidad con su propio cuerpo y sus necesidades sexuales, y su incredulidad de que alguien pueda ocuparse verdaderamente de ella le impiden articular sus deseos. (31)

Las mujeres a menudo negocian con el sexo como si se tratara de una mercancía en búsqueda de seguridad. refugio, afecto, amor y protección económica. Las mujeres llegan al sexo buscando contacto, los hombres también, pero también para constatar que son diferentes.

La hija por una parte no quiere ser como su madre y por otra no quiere parecer una cualquiera. La hija se aleja de la madre con cierta turbación, sin sentirse muy segura de sus propios límites, sintiéndose confusa y débil en su conciencia de sí como ser distinto de su madre. (32)

La figura de una madre vigilante de la “moralidad” de la hija impide que ésta no pueda plantearse vivir una sexualidad más libre, donde fundamentalmente se libere de la prisión interna que la liga sólo a la maternidad y le castra cualquier satisfacción inherente a la sexualidad en sí. Las instituciones refuerzan el que la madre transmita planteamientos valorativos en lo referente a la sexualidad. La hija al incorporarlos no puede plantearse fácilmente una situación diferente ya que su madre la abandonaría creándole angustia y culpa; sin embargo temen esa educación rígida y moralista de la madre y el vivir su sexualidad igual que ella. (33)

La madre al cumplir las funciones de inscribir la sexualidad en el cuerpo de la hija y desocializarla, imprime una primera identificación, pero posteriormente durante el complejo de Edipo, la hija tiene que cambiar de objeto y de zona erógena., lo que le causa angustia y culpa, ya que piensa que

traicionó al cuerpo de la madre, resultando así una segunda identificación con la figura parental que se opone en la triangulación colocándole el ideal del yo. Desde un referente social esto se ve reforzado por la religión en donde el modelo a imitar como ideal es la virgen María. (34)

La sexualidad de la mujer está determinada por la madre, ésta inscribe en el cuerpo del bebé sensaciones placenteras. Esta misma madre es la que permite o no la entrada de la figura masculina permitiendo el cambio de zona y de objeto. Suponemos que la mujer incorpora la imagen de una madre asexuada y reprimida. La sexualidad en nuestra cultura es vivida con culpa, las instituciones coadyuvan a esta formación psíquica. (35)

La madre es la encargada de transmitir en la familia las normas del sistema social, la represión en la sexualidad de las hijas está dentro de sus funciones básicas (36). Ellas transmiten a sus hijas una imagen predominantemente asexuada. (37).

La mujer como ser sexuado es un fenómeno impensable, ya que lo que ella es para el hombre, lo es para sí misma, lo cual implica que su sexualidad se encuentra reducida a la absurda necesidad del deseo del hombre.

Al casarse podría pensarse que la mujer ahora si expresara libremente su sexualidad, pero contrario a esto, la realidad es otra. La mujer muchas veces aunque tenga deseos sexuales, no toma la iniciativa, porque su madre no lo hacia, sino que tiene que esperar a que su pareja quiera, y no sólo eso, quiera o no la mujer accede a la relación si su pareja, el hombre, así lo desea.

Al convertirse en madre la situación va a ser la misma o peor por el hecho de que probablemente disminuya la frecuencia de sus relaciones, por temor a que los hijos se den cuenta, todo esto lo observa la hija e inconscientemente se identifica con la madre.

Las madres son internalizadas como sujetos carentes de placer o con características de placer masoquista, es decir placer en la entrega altruista. (37) Cuando la mujer se entrega corporalmente, se estima culpable y se castiga redoblando voluntariamente su humillación y servidumbre. Y la frigidez

representa un castigo que ella misma se impone tanto a ella como a su compañero y se prohíbe el placer. (38)

La mujer como ser sexuado es un fenómeno impensable, ya que lo que ella es para el hombre, lo es para sí misma, lo cual implica que su sexualidad se encuentra reducida a la absurda necesidad del deseo del hombre.

La culpa es un elemento central del cautiverio en la mujer. El contenido psicológico de la culpa es “no soy buena merezco castigo”. Debido al sentimiento de culpa aparece una actitud de sumisión que crea sentimientos de inferioridad. (39)

La mujer vaginal experimenta angustia y culpabilidad ante cualquier tipo de placer autónomo, asociándose al varón en su desprecio por el orgasmo clitórico, ya que teme descubrirse como ser humano, independiente del destino de la pareja, es decir de la unión gratificante con el ser superior. (40)

Lleguen o no al orgasmo, muchas mujeres encuentran satisfacción al constatar que el marido o compañero sexual ha gozado en el contacto, y que han hecho posible el placer del macho. (41)

La mujer se siente vulnerable, en parte porque obtiene muy poco placer del acto y en parte también porque siente el temor de haberse degradado y de ser abandonada por inmoral. Careciendo de excitación y con el temor de ser abandonada, la mujer teme ser utilizada simplemente.

Al acceder al coito, las mujeres se sienten culpables y temerosas, por haberse apartado de la chica que su madre quería que fuera. Por eso las prácticas masturbatorias, las fantasías sexuales, los placeres del cuerpo, se convierten en un secreto, y son reprimidos. Puesto que la madre ha negado siempre que podía crearse una situación competitiva entre nosotras, no hemos aprendido por experiencia que podemos ganar el terreno que ella no está dispuesta a cedernos, y que la batalla no destruirá a ninguna de las dos. (42)

NOTAS BIBLIOGRAFICAS:

- 1.-Calvin S. Hall. Compendio de psicología freudiana. p. 123
- 2.-ibidem p.126
- 3.-Catexia: Energía impulsora
- 4.-Chasseguet-Smirgel. La sexualidad femenina. p. 149
- 5.-Ibidem. p. 151
- 6.-M.A. Dorantes. op. cit. p.29
- 7.-Ibidem. p.29
- 8.-Ibidem. p. 32
- 9.- M. Casanova y cols. op. cit. p. 37-38
- 10.-C. Olivier. op. cit. p. 102-103
- 11.-Ibidem. p.110
- 12.-Ibidem. p. 111
- 13.-Ibidem. p.83
- 14.-N. Ferro. El instinto maternal o la necesidad de un mito. p. 108
- 15.- C. Olivier. op. cit. p. 84

- 16.- N. Chodorow. Mi madre/ yo misma. p. 34
- 17.-M. Lagarde. op. cit. p.370
- 18.-C. Olivier. op.cit. p. 84
- 19.- Ibidem. p.84
- 20.-C. Lonzi. Escupamos sobre Hegel. p. 73
- 21.- C. Olivier. op. cit. p.88
- 22.-N. Ferro. op. cit. p.33
- 23.-C. Olivier. op.cit. p.88
24. Ibidem
- 25.-Ibidem. p.41
- 26.-
- 27.-J. Bardwick. Psicología de la mujer. p. 92
- 28.-M. Lagarde. op. cit. p.373
- 29.-L. Eichenbaum y S. Orbach. ¿Qué quieren las mujeres? p. 136
- 30.-Ibidem. p.138
- 31.-Ibidem. p. 140
- 32.-Ibidem. p.146
- 33.-M. Casanova. Ser mujer. p. 73

- 34.-Ibidem. p.76
- 35.- Ibidem. p. 80
- 36.- Ibidem. p. 42
- 37.-A. Lombardi. Entre madres e hijas. p.41
- 38.-Ibidem. p.43
- 39.-S. Beavoir. op. cit. p.147
- 40.-L. Grinberg. Culpa y depresión. p. 62
- 41.-C. Lonzi. op.cit. p. 75
- 42.-Ibidem. p. 78
- 43.-N. Friday. Mi madre / yo misma. p. 284

CAPITULO IV

IDENTIFICACION CON LA MADRE EN EL EJERCICIO DE LA MATERNIDAD

Se ha afirmado que la mujer desde que nace se le ha mirado como madre, se le ha impuesto un proyecto prefabricado de vida que tiene como característica el existir para "otro". (1) Esto es que debido a que la cultura y la sociedad han identificado a la mujer como madre, proponiendo a la maternidad como esencia de la feminidad y de esta forma se convierte en un referente principal de la identidad de género femenino. Esta identificación mujer-madre encuentra su apoyo y sostén en la ideología patriarcal que esgrime la maternidad como un ideal femenino, y lo transforma en un ideal colectivo que es incorporado por la subjetividad de manera inconsciente en la mujer. (2).

A través de la cultura se impone el poder, se hace natural lo cultural, se confunde el deseo con la necesidad, la cultura con la biología y al crear el

instinto maternal a través del mito de que la mujer no sólo es madre en biología, sino en deseo y necesidad. Este mito es una de las tantas expresiones de la dominación de la mujer cuya feminidad queda reducida a la innata maternidad y tiene una enorme incidencia sobre el psiquismo femenino (3).

La mujer ante el presupuesto del instinto maternal es cosificada al afirmar que ella es útero y en este sentido hasta su cuerpo lo dispone al servicio de los otros.(4).

Podemos decir que la maternidad, tal como la instituye el patriarcado, exige a la mujer que sacrifique sus deseos, su placer, tanto por lo que respecta a ella misma como a sus relaciones. (5).

A la mujer se le asigna un rol de abnegación, amor eterno, se le califica como la base de la sociedad, su imagen se manipula culturalmente.

Frecuentemente se plantea que el instinto maternal es algo innato en la mujer. La palabra instinto hace referencia a un comportamiento pre-formado, transmitido bajo formas hereditarias, y por lo tanto refleja una conducta cerrada

inscrita en la propia especie. Según Laplanche y Pontalis por instinto se puede entender “un esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía un poco de un individuo a otro, se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de perturbarse y parece responder a una finalidad”.

La polémica referente al llamado “instinto materno” se encuentra matizada por diversas posiciones. Unos cuestionan la posibilidad de reducir el amor materno a algo instintivo, otros lo condicionan a ciertos factores sociales o de desarrollo, finalmente hay quien prefiere plantear el problema de un instinto paterno.

Para Bodinter apoyar el amor materno sólo en un instinto, implica aceptar que este comportamiento se encuentra afianzado en la naturaleza de la mujer, no importando cualquiera que sea el tiempo y el espacio que lo rodean. Por lo que al convertirse la mujer en madre, encuentra en la maternidad su nueva condición, como si se tratara de una actividad preformada, mecánica y necesaria; y que sólo espera el tiempo para poderla ejercer. (6).

Se educa a la mujer y se le transmite la idea de que el amor brindado por una madre es diferente a otra clase de amores.

El término instinto maternal es cuestionado por Friday, cuando afirma que la mayoría de las mujeres abrigan ilusiones de tener hijos y hacen lo posible por realizar esa ilusión. Pero sostiene que para esta mayoría el problema no empieza con el hecho de ser madres, sino con las propuestas emocionales contenidas por el instinto maternal, ya que la idea de ser una buena madre es algo natural.

Ese llamado instinto, se transmite de madre a hija, ya que aquellas crean capacidades y deseos de ejercer la maternidad. En la mujer, aún utilizando métodos anticonceptivos y descartando la posibilidad de tener un hijo, siempre estará presente en su fantasía la factibilidad de un embarazo. La postergación de la menstruación, los estados de amenorrea y dismenorrea se encuentran siempre relacionados con la maternidad.

La mujer que no llega a tener hijos podrá ser feliz siempre y cuando pueda sublimar su maternidad. Pero aunque se de la sublimación, es factible

que sienta en su ser, el haber desperdiciado una parte de sí misma, haber perdido la oportunidad de ser madre. (7).

Podríamos decir que este “instinto maternal” es tomado en dos niveles: primero la función biológica que tiene la mujer para procrear y el deber de la mujer para querer a sus hijos, asignándole también el nombre de “amor maternal”. (8).

La mujer en la sociedad tiene una serie de imposiciones y modelos rígidos, los cuales debe de atacar para ser tomada en cuenta, cuando se convierte en madre, la sociedad y el marido la someten a diversas vejaciones dentro de las cuáles la más vil es la servidumbre. Cuando la mujer intenta salirse de los patrones sería encontrada culpable del descuido del hogar, de la ruptura de la unidad familiar, etc., de esto resulta un encierro y un cansancio que es muy poco seductor para la hija, aunque finalmente, existe la tendencia a repetir ese esquema y siempre existirá un gran miedo a ser como mamá. (9).

La teoría psicoanalítica considera a la maternidad como un modo de resarcimiento frente a la envidia del pene y un intento de restitución narcisista. El hecho de que la maternidad sea considerada de acuerdo a esta modalidad tiene que ver con la forma como es pensada la diferencia sexual como Freud define la diferencia sexual, como presencia o ausencia de masculinidad y de genitales masculinos y no como dos presencias distintas. A partir de esto la maternidad se visualiza como “coartada” frente a la envidia del pene. (10).

La gratificación que la madre obtiene por medio del cuidado del hijo de acuerdo con la explicación psicoanalítica, estaría ligada, por un lado al proceso identificatorio que la madre lleva a cabo con el bebé y que muchas veces hace que lo experimente como una prolongación de ella misma, como se mencionó en el capítulo anterior, pero también con la posibilidad de recrear por medio de la relación con el hijo, la propia relación infantil con su madre, siendo esta situación justamente, la que parece ser la condición básica para el ejercicio de la maternidad en el caso de las niñas.

La maternidad es pensada en estos términos, como un intento de reedición, desde un nivel adulto de la relación infantil con la madre y no sólo

como resarcimiento de la envidia fálica, constituye uno de los aspectos que permiten rescatar lo específicamente femenino, reinscribiendo de forma positiva a la sexualidad femenina en una “economía deseante propia”. (11)

La identificación primaria y la simbiosis tiende a ser más fuerte con lo que respecta a las niñas, ya que la madre suele experimentarla como un doble. En este caso, tal como lo plantea Emilce Dio Bleichmar, la igualdad de género favorece el sentimiento de unidad y los fenómenos de identificación. Los niños en cambio tienden a ser experimentados como diferentes Bleichmar y Chodorow coinciden en afirmar que la diferente duración y calidad del periodo preedípico en los niños y en las niñas se enraiza en el ejercicio maternal de las mujeres específicamente en el hecho de que una madre pertenece al mismo sexo de su hija, esto lleva a que la trate y experimente de distinto modo. (12).

A las niñas se les enseña a ser madres , se les entrena para el cuidado infantil y se les dice que tienen que ser madres. Aprenden que ser niña no es tan bueno como ser niño, no se les estimula para que se esfuercen en la escuela y por lo tanto sólo les queda el ser madres. Desde la más tierna infancia se les llena y bombardea con libros, revistas, publicidad, cursos escolares y

programas de televisión que destacan estereotipos sexuales pro-natalidad y maternalistas. Se “identifican” con sus propias madres a medida que van creciendo y esa identificación convierte a esa niña en una madre eventual. (13).

La maternidad que las madres ejercen no es algo que se pueda enseñar simplemente regalando muñecas a las niñas o diciéndoles que deben de ser madres. No se trata de algo que las niñas puedan aprender por imitación de la conducta ajena , ni porque decidan que van a hacer lo que las niñas hacen. Ni tampoco el poder de los hombres sobre las mujeres puede explicar el ejercicio maternal femenino. Ni los hombres, ni la sociedad la pueden forzar a ofrecer un ejercicio maternal “adecuado”, a menos que ellas mismas, en cierta medida y a algún nivel consciente o inconsciente, tengan la capacidad, y la percepción de sí mismas como maternas, para ejercerlas.

Una deficiencia en la explicación de la reproducción del ejercicio de la maternidad mediante el aprendizaje de roles y el control social, consiste en que se funda en la intención individual de los que efectúan la socialización. de las niñas que quieren hacer cosas de niñas o ser como sus madres, y de los hombres que controlan a las mujeres. (14)

En la mayoría de las sociedades, entre ellas la nuestra, las mujeres no sólo llevan los hijos en el vientre y después los paren, también asumen la responsabilidad primordial de su cuidado, invierten mucho más tiempo que los hombres y mantienen los primeros lazos emocionales con los bebés. El ejercicio maternal de las mujeres es uno de los pocos elementos universales y permanentes de la división sexual del trabajo. (15)

El ejercicio maternal de las mujeres se analiza y discute en contadas ocasiones, a pesar de que posee profunda importancia para la estructura familiar, para la relación entre los sexos, para la ideología sobre las mujeres, y en fin, para la división sexual del trabajo y la desigualdad sexual tanto dentro de la familia como en el mundo externo de la familia. (16).

Hace dos siglos, el matrimonio (especialmente para las mujeres) era esencialmente sinónimo de procreación. Actualmente las mujeres siguen ejerciendo la maternidad, siguen siendo discriminadas en el trabajo y se mantiene su desigualdad dentro de la familia. (17)

Por lo anterior las feministas se han centrado políticamente en asuntos de vida privada personal, en el control de la sexualidad y del cuerpo femenino, en las relaciones familiares, en el énfasis heterosexual y en la discriminación contra lesbianas y homosexuales, y en la división sexual del trabajo.

Nancy Chodorow afirma que el ejercicio de la maternidad se reproduce cíclicamente en las mujeres. Las mujeres en cuanto madres, producen hijas con capacidad y deseos de ejercer como madres. Esta capacidad y necesidad forma parte y se desarrolla en la misma relación madre-hija. Al revés, las mujeres en cuanto madres producen hijos cuyas capacidades y necesidades maternas han sido sistemáticamente recortadas y reprimidas. Esto prepara a los hombres para su ulterior rol menos afectivo en la familia y para su participación fundamental en el mundo impersonal y extrafamiliar del trabajo y la vida pública. La división sexual y familiar del trabajo, en la cual las mujeres ejercen la maternidad y se comprometen mucho más en relaciones interpersonales y afectivas, produce en las hijas e hijos una división de las habilidades psicológicas que los lleva a reproducir esta división sexual y familiar del trabajo.

Las mujeres tienen la responsabilidad primaria del cuidado de los niños en la familia y fuera de ella, las mujeres en gran medida desean ejercer la maternidad y obtienen gratificación de este ejercicio, finalmente y a pesar de los conflictos y contradicciones, las mujeres han tenido y tienen éxito en el ejercicio maternal. (18).

Nancy Chodorow, Michelle Rosaldo y Sherry Ortner afirman que se puede distinguir analíticamente en todas las sociedades entre los aspectos domésticos y los públicos de la organización social. Las madres y los niños forman el núcleo de la organización doméstica, los lazos domésticos se fundan en relaciones específicas y particulares entre personas y se da por supuesto que son naturales y biológicos. (19)

Ser madre, no es sólo tener un hijo es ser una persona que socializa y alimenta. Es ser el progenitor primario, el que básicamente se hace cargo. (20)

El ejercicio maternal de las mujeres es el punto central de la división sexual del trabajo. El rol maternal tiene efectos profundos en la vida de las mujeres, en la ideología sobre las mujeres, en la reproducción de la

masculinidad y de la desigualdad sexual y en la generación de formas precisas de poder laboral.

Por su parte Marcela Lagarde considera que a la mujer se le ha asignado culturalmente la maternidad como su deber ser. Ella considera que el primer parto es el ritual simbólico del nacimiento de la verdadera mujer: la madre. Su vida se desenvuelve en la dependencia vital con los hombres (filial y conyugal) y su cuerpo define la existencia de los "otros". (21) Para muchas mujeres el hecho de tener un hijo eleva su autoestima y les hace sentirse realizadas, aumenta su confianza y amor propio. (22).

El hecho de tener un hijo puede hacer que la mujer se sienta orgullosa y feliz de poder demostrar que es capaz de producir algo valioso: un bebé perfecto, hermoso y saludable que sale de su interior y se convierte automáticamente en un símbolo de su propia valía. (23).

Nancy Friday hace notar que las mujeres están consideradas el sexo amoroso, todo el mundo cuenta con la mujer para procurarse bienestar, calor nutricional. "solas nos sentimos incompletas, sin el hombre nos consideramos

inadaptadas, somos devaluadas fuera del matrimonio, nos mantenemos a la defensiva sin hijos”. Somos amadas por estimárenos parte de una relación, por nuestra función, y no por nosotras mismas.(24)

Esto tal vez se debe a que, como menciona Friday, “las lecciones aprendidas de nuestra madre en cuanto a la forma de amarnos y amarse a si misma nos acompañan durante toda la vida”.

En el comienzo de la vida, la simbiosis tiene primordial importancia para los dos sexos. Comienza como un proceso de crecimiento, liberando al niño del temor de su vulnerabilidad, de su soledad, dándole el valor preciso para desarrollarse. Si al principio logramos suficiente simbiosis más adelante recordaremos sus placeres y podemos buscarla en otros, la aceptaremos y nos sumergiremos en ella cuando la localicemos, y nos alejaremos de nuevo en ella cuando nos sintamos saciadas, sabiendo que siempre seremos capaces de restablecer la relación. Confiaremos en el amor y gozaremos de él, aceptándolo como parte del festín de la vida. Sino experimentamos esta primera simbiosis, la buscaremos el resto de nuestras vidas, y en caso de encontrarla nos sentiremos desconfiados, aferrándonos a ella tan desesperadamente que

angustiaremos a la otra persona, atormentándola con nuestros gritos de “tú no me amas” hasta que efectivamente hagamos de esto una verdad”. (25)

En esta temprana etapa de la simbiosis, la buena madre considera sus propias necesidades como enteramente secundarias respecto de las del hijo. Con ello se consigue una mutua ventaja: el niño se habitúa gradualmente, de una manera cómoda, a la idea de su impotencia, esto no se presenta de manera dramática, porque la madre siempre se encuentra a mano para arreglar las cosas. Ella al saber lo que la criatura ansia, al sentir bajo sus dedos su piel,, percibiendo sensaciones a través de ella, a través de los ojos, los oídos o el estómago de su hijo, experimenta una casi mística impresión de unión y de ser necesitada. Se trata de una experiencia trascendente.

Algo importante que rescata Friday es la simbiosis creada por la madre con su hija, que la hace un ser inseguro, dependiente y que llega a creer que no puede existir otra manera de ser , porque así es como fue su madre y la mayoría de las otras mujeres. (26).

Al cumplir los tres años o tres años y medio, si somos afortunadas y la madre ha sido cariñosa, emergeremos con cierto sentido de nosotras mismas como seres aparte, todavía amados por ella, pero dotadas de una vida que nos pertenece, que no es la suya. Todas las horas de atención que nos ha dedicado, el sacrificio de su sueño, de sus horas de vigilia, son ya una parte de nosotras. La memoria se ha desarrollado, y podemos sentir como nos sigue su tierno interés, igual que un brazo oportuno en el que se apoyarán nuestros hombros. Surge así la confianza en su madre, el niño se relaja.

La necesidad de sentir una confianza básica en la vida es esencial para los dos sexos. Pero a causa de la inevitable relación modeladora entre madre e hija, nosotras no nos encajamos para siempre en la sensación de básica confianza que ella nos dio. Tenemos que ver también con su imagen de mujer, con su sentido de básica confianza, el que a la vez, le dio su madre.

Un chico crecerá, y siguiendo el ejemplo de su padre dejará un día el hogar, se abrirá paso y fundará una familia. Puede ser que alcance el triunfo o no lo alcance. Gran parte de su éxito dependerá del básico sentido de confianza que su madre le dio, pero el no se identificará con la madre. El no basará todas sus relaciones en lo que vivió con ella (sólo si es homosexual).

Pero en cambio, una chica que no logró adquirir el sentido de confianza, aunque deje algún día la casa de su madre, consiga un empleo, se case y tenga hijos, nunca se considerará a gusto por sí sola, controlando su propia existencia. Parte de ella se encuentra ansiosamente ligada a la madre. No confía en sí misma y tampoco en los demás. No puede creer que exista otra manera de ser, porque así es como fue su madre y la mayoría de las demás mujeres. Si nuestras madres no son ellas mismas personas separadas, es inevitable que compartamos su ansiedad y su temor, su necesidad de estar en simbiosis con alguien. Si no las vemos involucradas en su tarea personal, o gozando de algo por sí mismas, también nosotras acabaremos por no creer en cualquier realización o placer nacidos fuera de los límites, fuera de una asociación. Denigramos cualquier cosa que experimentamos solas.

No separadas emocionalmente de la madre, presas del temor en igual medida que ella, repetimos el proceso con nuestra hija. Esto de parecer lindas y desvalidas, flexibles y adherentes, poseedoras de por vida, se convierte en nuestro método de supervivencia y constituye también la derrota definitiva. (27)

Lo que en realidad cuenta en la calidad de la atención que conseguimos de nuestra madre. Si de niños tenemos frío o hambre, y ella no lo nota, si cuando nos mira está pensando en otra cosa, y, por tanto no vemos iluminarse su rostro con una sonrisa de amor, nos sentimos defraudados.

La simbiosis incompleta, insatisfactoria o interrumpida, marca a una mujer para siempre. Echamos algo de menos en nuestras madres, estamos desesperadas, nos mantenemos a la defensiva y en consecuencia pensamos que no debemos esperar mucho del mundo. Ni siquiera en brazos de quienes nos aman podemos creer que no van a abandonarnos. Como madres nos volvemos hacia nuestra hija, nos aferramos a ella.

Para la mujer que de niña no gozó de una simbiosis plena, la vida se transforma en problema de engañosa seguridad y satisfacción. La mujer se casa con el primer hombre que le habla de matrimonio, temerosa de que nadie vuelva a hacerle la misma petición, así la mujer acepta una colocación segura, en lugar de desafiar los riesgos de una profesión independiente.

En una relación simbiótica, no existe un interés real por la otra persona. Se da únicamente una necesidad, un anhelo de conexión por destructiva que esta pueda ser.

Se considera muchas veces al matrimonio como la liberación de la hija con respecto al lazo simbiótico de unión con su madre. De hecho puede tratarse de un mero traspaso de ese lazo al esposo. Ahora él debe apoyarla, darle vida, hacer que se sienta a gusto consigo misma. A menos que nos hayamos separado de la madre mucho tiempo antes del matrimonio, resulta casi imposible establecer una sana relación con un hombre.

Nancy Friday afirma que la mujer experimenta una falta de autenticidad en su propia madre por su ansiedad, su carencia de fe y sus superidealizadas nociones de feminidad/maternidad que intenta enseñarle; y esta mujer comienza a dudar sobre su propia realización como persona con identidad propia y separada de la madre. La mujer ante tal duda se esfuerza por la autonomía y la sexualidad, pero los inconscientes y más profundos sentimientos que se obtuvieron con la madre, no descansarán, sólo cuando esta

haya cumplido con el glorificado “instinto” para el cual fue educada a través de la imagen de su vida: la madre. (28).

Por ello la autora afirma que la mujer a través de las lecciones maternas ha aprendido la forma como fue amada y como debiera amarse a sí misma la cual la acompañará toda su vida. (29)

La manera cómo una mujer se relaciona con su hija es una de las características de su desarrollo normal...o interrumpido. Si esta última se ha relacionado simbióticamente con su madre, y hace lo mismo con su esposo, no puede afirmarse que haya crecido. Ha habido un cambio, sencillamente, en el reparto de caracteres. Oportunamente, la mujer puede independizarse algo más del marido, pero al nacer la hija, la simbiótica relación se dirige hacia esta. El esposo a sido únicamente una etapa intermedia entre la antigua simbiosis con la madre y la nueva con la hija. La mujer, como individuo independiente en su propio derecho, nunca llegó a emerger del todo.

Todo mundo puede ver que la mujer ha asimilado muchos de los más negativos rasgos de carácter de su madre; pero no lo admite. Lo niega y

considera la imputación como una acusación. Se irrita y vuelve a insistir en su negativa; y sin embargo un día, advierte que se esta comportando con su hija de una manera represiva, tal como actúo su madre con ella, a pesar de que la mujer se había prometido a sí misma que nunca ocurriría. La mujer muestra a su hija solamente el maravilloso y cálido afecto que encuentra en la madre. En cuanto a lo demás, los regaños constantes, las ansiedades, la timidez sexual, la falta general de espíritu aventurero, lo demás, se limita a dejarlo de lado. Y no obstante, generación tras generación de hijas llegan a ser mujeres llevando consigo la herencia del triste equipaje de la madre, pasando de unas a otras.

(30)

Decir que uno es como su padre es lo mejor de todo. Implica desición. A fin de cuentas, él es un hombre. Esto indica que se es sexual, en tanto que ser como mamá revela todo lo contrario, y equivale a colgarse el marbete de la no sexualidad. Declararse como el padre habla de una posibilidad de elección. Ser como la madre parece algo automático y pasivo. Ser como el padre comporta cierta fortaleza de carácter. Se ha cruzado la línea sexual: se ha crecido lo suficiente para poder moverse con facilidad en un mundo de hombres.

Al decidir la mujer que va a tener un hijo, sabiendo por que se evade de la impresión que fueron “ellos” los que la indujeron a ello. Si la maternidad es descepcionante, si la tarea de traer al mundo un bebé es más dura de lo que se había figurado, al recordar que la idea partió de ella amortiguará su inclinación a hacer que el hijo se sienta responsable de estar vivo.

Para conseguir que sea cambiado el inexorable esquema de la repetición entre madre e hija, hay que enfrentarse con todos los aspectos denegados de nuestras madres, y de nosotras mismas. Tenemos derecho a confesar por fin los arrebatos de furia que sentimos cuando teníamos cinco años, al ver que ella nos descuidaba. Pero ella también tiene derecho, ahora que tenemos veinticinco, a que se le permita que sea algo menos que perfecta.. Esto de ver a la madre con claridad, de verla en conjunto, una mezcla de lo bueno y lo malo, supone un gran paso hacia la separación. Aun mejor, nos ayuda a cortar nuestras ligaduras con ella tan radicalmente, que acabamos por deshacernos de todo lo bueno que figura en su legado , pero también de aquella parte que no nos agrada. (31)

REFERENCIAS:

- 1.- M. A. DORANTES. "La mujer mirada como madre". En estudios de género. p.20
- 2.-C. CORIA. El dinero en la pareja. p.19
3. N. FERRO. El instinto maternal o la necesidad de un mito. p.61
- 4.-M.A. DORANTES. op.cit. p.22
- 5.-E. DEBOLD. La revolución en las relaciones madre-hija p.233
- 6.-M. P. CASANOVA. Ser mujer. p. 28
- 7.- ibidem p.30
- 8.-ibidem. p.31
- 9.-ibidem. p.90
- 10.- A. M. FERNÁNDEZ. Las mujeres en la imaginación colectiva. p. 192
- 11.-
- 12.-E. DIO BLEICHMAR. El feminismo espontáneo de la histeria. p.201
- 13.-N. CHODOROW. El ejercicio de la maternidad. p. 52
14. ibidem p. 56
- 15.-ibidem. p. 13
16. ibidem p. 14

17. ibidem . p. 14

18. ibidem . p. 18

19. ibidem p. 21

20.- ibidem

21. M. LAGARDE. Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas y locas p.234

22.-L. EICHEMBAUM, S. ORBACH. ¿Qué quieren las mujeres?. p. 64

23. ibidem p.166

24. N. FRIDAY. Op cit. p.47

25.- ibidem

CAPITULO V
LA IDENTIFICACION MADRE-HIJA Y LA AMISTAD
ENTRE MUJERES

Las mujeres aparecen como más dependientes que los hombres justamente porque sus necesidades de apoyo están menos cubiertas que las de ellos, que de hecho las resuelven a través de las mujeres: la madre primero, las novias, amigas ,esposas, amantes después. En el niño este proceso facilita la ruptura del inicial “vínculo de fusión con la madre y el proceso de individuación y de definición del propio yo. Las niñas en cambio, a menudo no acaban de completar este proceso y el vínculo de fusión con la madre continúa manteniéndose de forma soterrada. De mayores intentan reconstruir este vínculo en las relaciones con otras mujeres que, de este modo, al mismo tiempo que les ofrecen un apoyo vital para moverse en el mundo, también representan un freno para el proceso de afirmación del yo individual de cada una (1)

La identificación de un intento de recrear el vínculo de fusión original con la madre en los grupos de mujeres ayuda a explicar tanto las decepciones, como la sensación de agobio, de que se le está exigiendo más de lo que podía dar o de que eran sólo unas las que daban mientras otras sólo tomaban. También ha ayudado a comprender como en las relaciones entre mujeres muchas veces cada una proyecta rasgos de las relaciones de fusión de su infancia, interpretando equivocadamente las actuaciones y motivaciones de la otra. Sobre todo, se identificamos como un aspecto de suma importancia la intolerancia ante las diferencias entre las mujeres, una enorme dificultad para reconocer y aceptar la gran diversidad de las experiencias de las mujeres, dentro de la común discriminación y opresión que todas padecen.

Las relaciones entre mujeres juegan un papel importante en la vida de las mismas. Estas relaciones son complejas debido a la propia condición social de las mujeres y al hecho de que la relación madre- hija sienta las bases de las futuras relaciones adultas. A pesar de esto se le ha prestado poca atención a la amistad entre mujeres.

Con el paso de los años, las mujeres han ido quedando aisladas en el interior del hogar, especialmente las mujeres de clase media y obrera. A pesar de todo, incluso dentro de la soledad de su vida diaria, las mujeres encuentran la manera de pasar el tiempo con otras y de hacer amistades. Las mujeres hablan unas con otras de sus alegrías y tristezas, de sus experiencias “mundanas” diarias. Las mujeres cuentan a sus amigas los problemas que tienen con sus hijos e hijas, con sus maridos, sus madres, sus suegras, sus jefes o sus capataces. Las mujeres parecen saber que van a encontrar un oído dispuesto a escuchar y compadecer, dispuesto a identificarse con su ira, con su frustración., con sus satisfacciones y su placer.(2)

La amistad de las mujeres es un fenómeno social bastante curioso, se presta mucha más atención a la pareja heterosexual, al matrimonio y al noviazgo porque las relaciones entre mujeres pasan bastante más desapercibidas. Se podría decir que esta relación ocupa un status de segunda categoría, que refleja a su vez su posición de segunda clase dentro de la sociedad. La sociedad no es consciente de que la falta de reconocimiento de estas amistades se relega a un plano de menor importancia para el bienestar afectivo de las mujeres que las relaciones con los hombres. (3)

Las amigas de las mujeres de generaciones anteriores eran tan importantes para ellas como lo son para las mujeres de hoy. La diferencia está en que se ha empezado a reconocer la importancia y el valor de estas relaciones. Las madres de ahora hablaban con sus amigas de sus problemas, preocupaciones y satisfacciones pero el tiempo pasado con una amiga no tenía el mismo peso, ni la misma aprobación ni trascendencia social que el transcurrido al lado de hombre. Se trataba de una actividad ociosa, de un “pasatiempo cotidiano” que tenía lugar mientras los hombres trabajaban, se habían ido al fútbol, veían los deportes en la televisión o jugaban al poker o a los bolos. El tiempo para estar con las amigas dependía, pues, del horario del marido y de los momentos en los que el decidía no estar disponible. Ahora estos “pasatiempos” se ven como un momento para repostar, recibir atención, descargar tensiones e ira; como un proceso pues, de comunicación que recargaba las baterías para que las mujeres volvieran a casa y siguieran entregándose a los hijos y a los maridos. (4)

El movimiento de liberación de las mujeres ha legitimado la amistad femenina en los últimos años. Hasta hace poco, las mujeres no han podido darse cuenta de lo importante que es para ellas su relación con otras mujeres, y

de que lo es tanto como la que mantienen con los hombres. Las mujeres han empezado hace muy poco tiempo a considerar y expresar lo que obtienen de las demás mujeres y lo que obtienen de los hombres: a sopesar la diferencia entre estas relaciones viendo que cada una es importante a su manera. Sólo ahora las mujeres son capaces de pasar el tiempo con sus amigas y de saber que eso es justo lo que desean hacer y donde quieren estar, que no se trata de una actividad inferior. Supone una experiencia nueva y casi una lucha para las mujeres el hecho de quedar con sus amigas como algo prioritario y sin contar con el horario de sus compañeros. Las mujeres siempre han dependido entre sí para cierto tipo de intercambio y comunicación personal. Frecuentemente en nuestra sociedad esta comunicación entre mujeres está infravalorada y no deja de considerarse como un parloteo. La desigualdad entre las experiencias de los hombres y las de las mujeres es siempre evaluada en términos de carencia femenina. El descrédito de las conversaciones femeninas es solo una parte, por tanto, del conjunto total de infravaloraciones sociales de la amistad entre mujeres. (5)

Las mujeres se apoyan entre sí, hacen preguntas y piden unas cosas a sus madres y hermanas que nunca plantearían a sus maridos. Pero sus

relaciones tienen múltiples facetas y son muy complicadas. Las mujeres se sienten a menudo decepcionadas por sus amigas, pueden enfadarse con ellas (lo cual puede ser muy difícil de expresar), pueden sentirse envidiosas y competir entre sí.

El concepto freudiano de transferencia en la teoría psicoanalítica se aplica también en la amistad entre mujeres, quizás en estas relaciones es donde las mujeres activan al máximo su potencial de transferencia. Ya que existen múltiples paralelismos y semejanzas entre aquella primera e íntima relación con una mujer, la madre, y las posteriores relaciones que una mujer establece con otras de su propio género. (6)

Las necesidades de dependencia emocional son una parte de la amistad femenina, y pueden mostrarse de un modo distinto que en la relación sexual. A menudo no se tiene sólo una amiga, sino varias, y también hay diferentes grados de intimidad con cada cual. Se pueden necesitar diferentes cosas de una amiga, y distintas amigas comparten intereses diferentes.

**ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

Cuando estamos "preparadas" para soportar una gama de intensos sentimientos de frustración, celos, cólera y amor en las relaciones sexuales íntimas, somos menos conscientes de que es inevitable que nos asalten inesperadamente esas mismas emociones en el curso de una amistad. podemos esperar nuestro comportamiento y reacciones "irracionales" con un amante o un marido y, sin embargo, sentimos violentas por experimentar esos mismos sentimientos hacia una amiga. Parecen estar fuera de lugar de sitio y de tiempo. (7).

Pocas mujeres son capaces de hablar entre sí cara a cara o espontáneamente de los sentimientos frustrantes que acarrea su amistad. Sacar a colación los sentimientos y hablar directamente de ellos lleva su tiempo. Muchas veces les resulta muy difícil a las mujeres manifestar su enfado a una amiga. No le es fácil expresar la cólera y el pudor, que puede ir asociado al enfado hacia una amiga, les impiden a menudo afrontar los problemas de sus relaciones.

En las relaciones entre mujeres, todavía no existe un marco aceptado para hablar de la irritación o del dolor, como existe en el matrimonio. En una relación de pareja, las mujeres suelen encontrar una salida de tipo indirecto

para su enfado o su dolor, distanciándose sexualmente, por ejemplo. En cambio en una relación amistosa muy pocas veces la mujer saca su coraje. Puede retirarse un poco y llamarla con menos frecuencia. Pero cuando la ve de nuevo, nueve de cada diez veces traga su enfado, lo digiere de una forma que le es excesivamente familiar y continúa sin haber aireado sus sentimientos.(8)

Los sentimientos de rabia, traición, envidia y competitividad entre las mujeres se dan, con frecuencia, de forma especialmente aguda en las relaciones a dos. Puede afirmarse que toda mujer ha experimentado al menos una vez un sentimiento de perplejidad al descubrir que se siente incómoda cuando una amiga le cuenta algún acontecimiento feliz. No es que la mujer no se alegre por la felicidad de su amiga, sino que en el fondo siente envidia.

Eichenbaum y Orbach opinan que para tener una buena relación, la gente debe esforzarse por expresar las críticas, el enfado y los sentimientos de dolor. En las parejas, siempre se da por sentado que va a haber peleas y conflictos y que estos constituyen una parte natural de lo que se entiende por una relación íntima. Deben pues tener lugar, por muy desagradables que sean,

porque es “natural” que las personas experimenten una enorme gama de sentimientos en su relación.

Hasta que las mujeres no se sientan bien consigo mismas, completas y realizadas, y mientras sigan siendo educadas para que miren a los demás (especialmente a los hombres) a la hora de fijar su lugar en el mundo, tendrán siempre miedo del éxito de otras mujeres. Al compararse, se sentirán aún menos valiosas, aún más abandonadas y apartadas y se darán cuenta de todo lo que les ha faltado en sus vidas.(9).

Teóricas feministas han destacado la capacidad de la mujer para conectar, para dar, para relacionarse íntimamente, y la necesidad que tiene nuestra sociedad de valorar estas cualidades femeninas. A través del movimiento feminista, los lazos entre mujeres fueron revelando sus pensamientos y esperanzas más íntimas, alcanzaron nuevos niveles de intimidad. Las mujeres hablan sobre los detalles más personales de sus vidas y fantasías sexuales, esto las une más. pero cuando una de ellas tiene éxito empiezan los problemas en la relación, surgen los sentimientos de celos, de rabia, de envidia hacia lo que tiene la otra mujer.

Los logros, los éxitos, el prestigio y los nuevos novios de una mujer pueden hacer que las amigas se sientan abandonadas. Actualmente la mujer que trabaja y tiene pareja o hijos se da cuenta que entre el trabajo y la familia casi no le queda tiempo para su amistad con otras mujeres. Las relaciones que en un tiempo parecieron tan fundamentales para la vida cotidiana se han desvanecido, han ido a la deriva, se mantienen por un hilo muy fino o se acaban.

Todas las mujeres se han tenido que adaptar a las nuevas exigencias que la vida de una mujer moderna reclama de ella. Las mujeres solteras con hijos tienen que cargar con la responsabilidad de los hijos, y también de la falta de disponibilidad de sus amigas casadas. Mientras que la mujer que vive en pareja depende emocionalmente de su marido como de sus amigas, la mujer soltera sólo cuenta con sus amigas para una relación de apoyo emocional. Las mujeres solteras y divorciadas pueden sentir la falta de amistad femenina más que las que tienen familia.

Las necesidades de dependencia pueden estar desequilibradas en una amistad en la que una de las mujeres tiene una relación sexual íntima y la otra no. La mujer que está sola puede tener mayor necesidad de contacto e

intercambio afectivo que la que está “comprometida” y que tiene a su pareja para satisfacer algunas de sus necesidades.(10)

El deseo de amor, aceptación y apoyo mutuo que sienten las mujeres guarda relación, de una forma compleja, con la herencia y el potencial vividos en su primera relación con una mujer y obviamente la relación más significativa que ha tenido, la relación donde primero sintió amor y necesidad, la relación donde primero sufrió decepción y dolor es la relación con la madre.

Esta relación es el fundamento, el pilar, para el futuro. Lo que en ella ocurre guía en las relaciones futuras. Establece necesidades, formas de ser, de amar, expectativas y esperanzas. Es necesario analizar esa relación original madre - hija para poder comprender su legado. Debemos comprender el vínculo de fusión concreto que la caracterizó antes de poder comprender a la vez el amor y la decepción, la esperanza y el dolor que existe en las relaciones entre mujeres adultas.(11)

La seguridad que siente la mujer dentro de sí misma como persona, el entusiasmo o temor con que se compromete en nuevas relaciones, las

posibilidades que ha imaginado y la vida que se ha formado tiene mucho que ver con lo que experimenta y transfiere en aquella primera relación reafirmadora y castradora. Es una relación feliz pero también problemática. Es la relación que alimenta y protege, mientras introduce y prepara para el mundo social.

La madre a veces responde sin egoísmo a las necesidades de su hija, la conforta y anima, la pequeña muestra placer y satisfacción. Pero frecuentemente la madre no responde a las necesidades de su hija y esa relación espontánea se rompe. La madre responde con fastidio, lo que provoca que la hija se sienta confundida y rechazada. Aparece una reacción en cadena en la que, ignorada, malinterpretada y no satisfecha por parte de la madre la necesidad de la niña, se crea en la hija una inseguridad. una incertidumbre sobre sí misma. (12)

La forma en que la madre responde a su hijo está muy relacionado con el género del bebé y con la manera en que la madre se ve a sí misma en él/ella, y con las necesidades que manifieste. La madre puede ver a su hijo como “otro”, como diferente, dada la diferencia de género que existe entre ambos, y

que represente una clara división entre los dos. En el caso de la hija no hay diferencia. A lo largo de muchas fases de la vida de su hija, la madre se ve y se recuerda a sí misma en su propia juventud. Cuando mira a su hija ve en ella su propia niñez, sus anhelos de niña, los deseos y también las restricciones que experimentó. En otras palabras se ve a ella misma en su hija.

El tener el mismo género que su madre tiene implicaciones para la hija. Una de las leyes sociales críticas que una madre transmite a su hija es la que el desarrollo de la identidad de la hija tiene que realizarse en un contexto de relación. Al igual que su madre, la hija debe encontrarse y conocerse a sí misma a través de la comprensión y la sensibilidad hacia los demás; al igual que su madre, deberá reprimir sus propias necesidades de alimento; al igual que su madre, debe limitar sus propias iniciativas, en la medida en que interrumpen o merman su disponibilidad hacia los demás; al igual que su madre llegará a comprender que la autonomía no es una vía para la identidad femenina. Hallará esa identidad a través de su identificación y adecuación a las necesidades de los demás.(13)

Desde muy temprano se empuja a la niña a que tome en consideración la experiencia de otros, a que desatienda y reprima sus propios deseos, a que busque la satisfacción de las necesidades de los demás. Mientras atiende las necesidades emocionales de los demás se va olvidando de las propias. Cuando las niñas reivindican algo para sí mismas, casi siempre encuentran gestos de desaprobación.

Cuando a la mujer se le relega al cuidado de los demás y le es vedado su autodesarrollo siente un vacío, esa sensación de vacío está ligada a el carácter contradictorio de los cuidados que recibió de niña que se traduce en un sentimiento de carencia emocional. Esta privación emocional se traduce con frecuencia en una entrega compulsiva, en depresión, en desesperanza, en resentimiento y en rabia crónicos. (14)

La amistad de la mujer adulta recrea el vínculo de fusión, porque en él la mujer encuentra un “yo”. Pero en el fondo, la niña que lleva dentro anhela una vinculación de índole distinta, unos lazos de unión que reconozcan sus necesidades pasadas y las carencias que sufrió, y que satisfagan sus necesidades pasadas y las carencias que sufrió, y que satisfagan sus

necesidades presentes. Porque si estas necesidades fueran reconocidas, la niña interior podría madurar. La mujer ya no se sentiría desesperada e insaciable.

A veces la identificación de una mujer con las necesidades de otra mujer se ve correspondida por una experiencia idéntica por parte de la otra, pero a veces no. Muchas veces al proyectarnos en la piel de otra persona, interpretamos incorrectamente su vivencia; al identificarnos con ella, de hecho nos ponemos en su lugar. Utilizamos la identificación para encontrar un yo. La capacidad de la mujer para la identificación es casi automática. Pero no debemos confundir empatía con identificación. La empatía es la capacidad de imaginar o pensar acerca de la condición o estado de otra persona, asumiendo los sentimientos de la otra sólo de forma momentánea y pasajera. La empatía es un proceso consciente, en el sentido de que intentamos comprender las vivencias del otro/a. Nos mantenemos desligadas y al margen de la situación, aunque nos impliquemos profundamente con la otra persona en ese proceso relacional. La capacidad de sentir empatía supone una experiencia de un valor enorme a la hora de relacionarse con las amigas, los padres y los seres más queridos.(15)

En la amistad entre mujeres también se llega a sentir el abandono. Cuando las mujeres no están implicadas en relaciones de pareja, cuando viven solas o con los hijos, la intimidad con una amiga puede llegar a ser para ellas el lazo emocional adulto más importante. Pero la sociedad otorga a la amistad un lugar secundario, ya que considera que sólo los matrimonios y las relaciones sexuales son realmente significativas. Sin ver que para muchas mujeres la amistad es durante largos periodos una relación primaria. Si una de las amigas inicia una relación romántica, la otra se sentirá abandonada.

Las amigas casi forman parte de la personalidad de una, por eso, por eso cuando se dan cambios en la relación que llevan a una pérdida, la mujer se llega a sentir desorientada, desconectada y confusa, como si perdiera una parte de sí misma; o también, puede suceder que a veces en la relación amistosa se dan aspectos vívidos con la madre, al haber una pérdida o cambio, en muchas mujeres surgen consciente o inconscientemente sentimientos de rabia y dolor, tal como se sintió con la madre.

Susie Orbach y Luise Eichenbaum afirman que la relación entre dos mujeres calca aspectos de la relación madre - hija, pero al mismo tiempo

mantiene la promesa, para ambas de reparar parte del dolor y de las dificultades de aquella relación. Cada una inconscientemente, puede buscar en la otra elementos que no recibió de su madre; puede sentir que depende de su amiga en lo relativo a apoyo, estímulo y aprobación y, quizá porque le son tan enormemente necesarios, puede sentir una profunda pena cuando su amiga inicia una relación igualmente estrecha con otra persona. Experimenta tanto la pérdida real (de ciertos aspectos de su relación con su amiga), como un sentimiento que le hace revivir la pérdida de aquella intimidad que un día tuvo (o deseó tener) con su madre.(16)

Aun cuando, en la amistad entre mujeres algunas de sus dimensiones psicológicas - especialmente las recreaciones de la relación madre - hija se transfieren de una relación a otra. Cada amistad es única. De la misma manera que una relación amorosa enriquece a ambos miembros de la pareja, los cambia, los ayuda a crecer y a evolucionar en aspectos concretos, así también la amistad entre mujeres tiene unos efectos muy profundos.

Dentro de esta amistad las mujeres crecen, se ayudan a conseguir una mayor confianza, a recibir amor y cariño, comprensión y compasión.

paradójicamente, las cosas que las mujeres se dan unas a otras las ayudan a liberarse del vínculo de fusión. Conseguir una identidad propia más sólida es un hito muy importante en el proceso de maduración y de individualización.(17)

Un hecho que puede hacer sentir a la mujer abandonada por su amiga es cuando entre ellas una se diferencia de la otra, es decir deben de avanzar al mismo ritmo, la diferencia no es tolerada, se vive como algo peligroso y amenazador, la mujer se siente abandonada. Si una de ellas actúa de acuerdo con sus deseos, si se diferencia, si osa separarse psicológicamente, entonces rompe el vínculo de fusión.

Orbach y Eichenbaum mencionan que “La tensión entre el impulso-instinto de seguir “fundidas” y el impulso-instinto de diferenciarnos están presentes simultáneamente en las relaciones entre mujeres. Cada mujer siente que su autorealización tiene un precio que engendra sentimientos de culpa en una misma, mientras que en otras mujeres despierta sentimientos de envidia, competencia y rabia.(18)

Otro sentimiento doloroso en la amistad entre mujeres es la envidia. Cuando aparece por primera vez la envidia causa incomodidad, a la segunda vez se trata de eludir o reprimir, a la tercera vez la mujer siente que no lo puede soportar y esta envidia sentida puede llegar a romper las mejores relaciones de amistad entre mujeres. La envidia es un sentimiento muy doloroso que puede distanciar a dos amigas íntimas.

Los sentimientos negativos hacia una amiga causan culpa que se refleja en la autocrítica. Tener una respuesta negativa hacia una amiga resulta tan amenazador que nos sentimos más seguras en el dolor de nuestro propio odio hacia nosotras mismas. La mujer se siente herida enfadada o rechazada, y cree que es ella la que tiene la culpa.(19)

Eichenbaum y Orbach observan que tras el sentimiento de envidia descubrimos no a una persona destructiva, poco generosa y maligna, que es como se siente la mujer, sino a una persona con un conflicto tan profundo acerca de sus propios deseos y anhelos que se asusta cuando ve que otra mujer es capaz de responder a los suyos propios. Admira esa capacidad, pero no puede comprender como es posible que la otra consiga lo que ella se siente

incapaz de lograr. Envidia la capacidad que posee la otra de darse a sí misma de una forma que siente vetada para ella.(20)

Las mujeres proyectan en sus amigas una serie de emociones que reflejan el legado de sus relaciones con la madre. Quieren apoyo para su desarrollo autónomo, pero esperan también desaprobación quieren permiso para expresar su sexualidad, pero temen el castigo; quieren protección y afecto, pero temen que se las juzgue por tener necesidades.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS.

1. Orbach, S. y Eichenbaum, L. Agridulce. El amor, la envidia y la competencia en la amistad entre mujeres. p. 10
- 2.Orbach, S. y Eichenbaum, L. ¿Que quieren las mujeres? p.181
- 3.ibidem. p.182
- 4.ibidem p.182
- 5.ibidem p.184
6. Orbach,S. y Eichenbaum, L. ¿Que quieren las mujeres? p.185
- 7.ibidem. p. 185
8. Orbach, S. y Eichenbaum, L. Agridulce. p.43
- 9.Orcach, S y Eichenbaum, L. ¿Que quieren las mujeres? p. 195
- 10.ibidem. p.197
- 11.Orbach, S. y Eichenbaum, L. Agridulce. p. 76
- 12.ibidem. p.79
- 13.ibidem p. 80
- 14.ibidem p. 87
- 15.ibidem p. 90

16. ibidem p. 95

17. ibidem. p. 109

18. ibidem. p. 109

19. ibidem. p. 112

20. ibidem p. 119.

CONCLUSIONES

El psicoanálisis ortodoxo prestó poca atención a la mujer y mucho menos a la relación madre-hija. En cambio, el psicoanálisis feminista ha mostrado más atención e interés en la relación madre-hija, se ha preocupado más por investigar como es dicha relación y como afecta a la vida futura de la hija.

Las psicoanalistas feministas han observado que las hijas reproducen los estereotipos de sumisión y dependencia a los que sus madres estuvieron sujetas. Por eso podemos ver que cuando la hija vive con una madre, sumisa, abnegada, sacrificada y que vive por y para su familia (hijos y marido), la hija introyecta esas “cualidades” de su madre, las hace suyas y las reproduce.

Es común ver que si la hija vio que su madre permitió que su esposo llegara borracho, la maltratara e insultará y aún así, la esposa lo atendía, la hija es muy probable que también tolere una situación semejante.

Si durante su niñez la mujer observó que su madre toleraba y perdonaba las infidelidades de su padre la hija pensara que eso es lo correcto, llegará a pensar que es un deber de la mujer el perdonar las "debilidades de los hombres", por lo que ella también perdonará y se resignará a asumir el papel de mujer engañada.

El principal y más cercano modelo para la hija es su madre, por lo tanto, si la hija tiene ante sí una madre asexuada, la hija también se muestra así al identificarse con ella; la hija piensa que eso es lo correcto, porque así se mostró ante ella su madre, no se permitirá tomar la iniciativa sexual con su pareja, al hacerlo demostraría que ella no es tan buena, que es una cualquiera.

El identificarse con la madre es consecuencia de que nació con el mismo sexo que ella, además pasó con ella más tiempo que con el padre, fue ella quien la educó, le enseñó los principios morales, pero sobre todo con su ejemplo le muestra como debe de ser una mujer. La hija crece bajo la sombra de su madre, ella quisiera ser diferente a su progenitora pero a nivel inconsciente se comporta igual que ella. Aún con sus amigas la mujer

reproduce el vínculo vivido con su madre, ve a sus amigas como si fueran su madre.

Sería conveniente realizar muchas más investigaciones sobre la psicología femenina bajo la corriente del psicoanálisis feminista, en temas tales como autoestima, identidad e identificación, ya que es importante conscientizarnos de que el identificarnos con una madre "perfecta" no nos está ayudando mucho, por el contrario, nos limita. El hecho de que la hija piense que la madre es buena, "perfecta", le impide verla de manera objetiva, ver que tiene vida sexual activa, que se enoja, golpea grita, que es un ser humano normal. Sería conveniente hacer un esfuerzo para olvidar que la madre es sólo ternura, que el instinto maternal la hace perfecta, ya que de no ser así, cuando la madre se muestre enojada, la hija sentirá que es por su culpa, sentirá que ella es la mala y su madre buena.

Es importante estar conscientes de que a la mujer se le han impuesto estereotipos que no le permiten tener una identidad propia, y que la psicología feminista puede contribuir a modificar la forma en que la mujer percibe su cuerpo, su sexualidad, la maternidad y las relaciones entre mujeres. Por lo que

es recomendable que el psicoanálisis feminista amplie investigaciones con el fin de brindar a la mujer alternativas para poder modificar esa identificación con la madre, para lograr una identidad propia, que se convierta en un ser libre, autónomo, contrario a lo que es ahora, un ser que vive por y para los otros.

Sería conveniente, ampliar la investigación y el estudio de la relación madre-hija, ya que ésta es fundamental para que la mujer logre una identidad propia. Así mismo también resultaría interesante analizar la identificación padre-hija, que aunque llega a darse ha sido casi ignorada por la psicología y no ha sido estudiada por el pensamiento psicoanalítico femenino.

Es primordial conscientizarnos de lo importante que es mejorar la calidad de atención brindada a la hija, para hacerla sentir querida y aceptada. Es necesario que ambos padres halaguen a la hija, que en todo momento se le valore, acepte y ame, pero que cuando llegue el momento, la madre estimule la individualidad y separación de la hija, esto será muy importante para ésta, ya que de esta forma, en un futuro tendrá una buena imagen de sí misma, será un ser seguro que no tendrá la necesidad de depender de la mirada del hombre, de

su aceptación, logrando con esto una identidad propia, ya que no se identificará con una madre devaluada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bardwich, Judith. Psicología de la mujer. Alianza editorial, Madrid, 1983

Beavoir de Simone. El segundo sexo. Siglo XX, Buenos Aires, 1989.

Calvin, S. Hall. Compendio de Psicología freudiana. Paidos, Buenos Aires.
1985

Casanova, M.P. y cols. Ser mujer. La formación de la identidad femenina.
UAM Xochimilco, 1989.

Chasseguet-Smirgel, J. La sexualidad femenina. Laia, Barcelona, 1977.

Chodorow, N. El ejercicio de la maternidad. Gedisa, Barcelona, 1984.

Coria, C. El dinero en la pareja. Algunas desnudeces sobre el poder. Paidos,
Buenos Aires, 1991.

Debold, E. La revolución en las relaciones madre-hija. Paidos, Buenos Aires,
1994.

Dio Bleichmar, E. El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los
trastornos narcisistas de la feminidad. Fontamara, Madrid, 1989.

Dorantes Gómez, M.A. Los discursos psicoanalíticos sobre la sexualidad
femenina y la teoría psicoanalítica. Maestría en Filosofía. Facultad de Filosofía
y letras. 1994.

Fernandez, Ana María. (compiladora) Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias. Paidós, Buenos Aires, 1992.

Ferro, Norma. El instinto maternal o la necesidad de un mito. Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1991.

Freud, Sigmund. Tres ensayos sobre teoría sexual. Alianza editorial, México, 1984.

Friedan, Betty. La mística de la feminidad. Tr. Carlos R. De Dampiere. Sagitario, Barcelona, 1963.

González, Enrique. La neurosis del ama de casa. Eudema, Madrid, 1989.

Grinberg, L. Culpa y Depresión. Paidós, Buenos Aires, 1978.

Horney, Karen. Psicología femenina. Psique, Buenos Aires, 1976.

Irigaray, L. El cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza, otro modo de sentir. La sal ediciones de los dones, Barcelona, 1985.

Isla de la Maza, Adriana. El proceso de identificación en la teoría psicoanalítica. Tesis de Lic. en Psicología. UNAM, 1979.

Lombardi, A. Entre madres e hijas. Acerca de la opresión psicológica. Paidós, Buenos Aires, 1990.

Lonzi, K. Escupamos sobre Hegel. La mujer clitorica y la mujer vaginal. Anagrama, Barcelona, 1982.

Millett, K. Política Sexual. Aguilar, México, 1975.

Mitchell, J. Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Lain y las mujeres. Anagrama, Barcelona, 1982.

Olivier, C. Los hijos de Yocasta. La huella de la madre. Fondo de cultura económica, México, 1991.

Orbach, S. y Eichenbaum, L. Agridulce. El amor, la envidia y la competencia en la amistad entre mujeres. Grijalbo, México. 1989